

Antecedentes

La primera descripción de un trastorno equivalente a la dislexia data de 1877, año en el que Kussmaul aplicó el término “ceguera verbal” a un caso que había perdido su capacidad lectora a pesar de conservar la visión, la inteligencia y el lenguaje. Posteriormente, Morgan en 1896 reportó la historia clínica de un muchacho de 14 años, que a pesar de ser inteligente, tenía una incapacidad casi absoluta para manejarse con el lenguaje escrito y que se desenvolvía en forma sobresaliente por la vía oral y lo llamó “el caso de ceguera verbal congénita”, por no haber tenido ninguna lesión previa.

Durante los siglos XVIII y mediados del siglo XIX se propagaron los estudios sobre las características del cerebro y la localización de funciones en áreas específicas. Así se desarrollaron los estudios de Broca y Wernicke, en la segunda mitad del siglo XIX en los que identificaron áreas del cerebro responsables por el procesamiento del lenguaje. A partir de 1917, Hinshelwood (1990, en Artigas, 2002) cirujano de Glasgow, se interesó por los niños que no podían aprender a leer. Publicó varios trabajos relacionados y propuso el tema de dislexia congénita para aquellos niños que conseguían mejorar sus habilidades lectoras. Orton propuso el nombre de “estrefosimbolia” en 1928 y en 1937 cambió este nombre por alexia del desarrollo. Hallgren (1950) la denominó, dislexia constitucional. (Brooks, 1997, Artigas, 2002)

En 1975 la Federación Mundial de Neurología (World Federation of Neurology) utilizó por vez primera el término “dislexia del desarrollo”. La definición propuesta aportada en aquel momento y que prevalece hasta el presente se refiere a un “trastorno que se manifiesta por la dificultad para el aprendizaje de la lectura a pesar de una educación convencional, una adecuada inteligencia y oportunidades socioculturales. Depende fundamentalmente de alteraciones cognitivas cuyo origen frecuentemente es constitucional.” (Critchley, 1970, en Artigas, 2002, p 2).

El Instituto Nacional de Salud de Estados Unidos, en la década de los 80, realizó un estudio longitudinal en una muestra aleatoria de 5.000 niños en todo el territorio de Estados Unidos, haciendo un seguimiento desde los cuatro años de edad hasta su graduación de bachillerato. Los investigadores desconocían cuántos de estos niños desarrollarían dificultades en la lectura. Se les aplicó una batería de pruebas, tres veces al año, durante catorce años con la idea de contrastar las teorías que explicaban el fracaso en la lectura. Los investigadores no suministraron ningún tipo de entrenamiento o intervención. Este estudio, además de determinar la efectividad de las pruebas, hizo que se continuara la investigación en el área. Sus resultados fueron publicados en 1994 y se resumen en los siguientes puntos:

1. La dislexia afecta al menos a uno de cada cinco escolares estadounidenses y representa la dificultad de aprendizaje más común y extendida y la más investigada. Afecta en igual número a niñas y a niños, algunas formas de dislexia

- son heredables en proporciones muy altas y es la causa más frecuente del fracaso en la lectura y del abandono escolar.
2. El fracaso en la lectura es la característica más frecuente en la delincuencia juvenil.
 3. La dislexia está claramente relacionada con diferencias neurofisiológicas de las funciones cerebrales; los niños disléxicos muestran dificultades en la discriminación de sonidos/ símbolos que corresponden con los códigos de escritura, causadas por estas diferencias en las funciones cerebrales.
 4. La intervención precoz es indispensable para esta población; la dislexia es identificable, con 92% de certeza, desde las edades de 5 años y medio hasta 6 años y medio.
 5. La dislexia se debe, principalmente, a deficiencias lingüísticas. Concretamente a la dificultad de procesar el lenguaje y no está relacionada con problemas visuales. Las personas disléxicas no ven las letras o palabras al revés.
 6. El fracaso en la lectura, causado por dislexia es previsible a través de la instrucción directa y específica en discriminación fonológica. Los niños no se “curan” de la dificultad en la lectura o de la dislexia. El 74% de los niños que presentan dificultades en la lectura en primer grado, resultan ser lectores deficientes en noveno grado y como adultos, a menos que reciban instrucción específica en discriminación fonológica. No depende de un proceso de maduración en el proceso de aprendizaje. En este sentido, las evidencias no respaldan el uso del método global para la enseñanza de la lectura en los niños disléxicos.
 7. La dislexia y el Síndrome de Atención Deficitaria (SAD) son entidades separadas e identificables y frecuentemente coexisten en el mismo niño por lo que es recomendable la evaluación de ambas dificultades.
 8. Los niños que presentan dislexia y SAD, al no recibir atención especializada, son población en riesgo de abuso de sustancias psicotrópicas y delincuencia.

A partir de estas conclusiones se abrieron nuevas líneas de investigación relacionadas en los siguientes campos (Bright Solutions for Dyslexia, 1998):

1. Las dificultades relacionadas con el reconocimiento de palabras son indicadores de deficiencias lectoras tanto en adolescentes como en adultos. La lectura lenta, laboriosa e inadecuada de palabras con y sin sentido aisladas, son señales de alarma.
2. Esta lectura laboriosa de palabras aisladas impide, con frecuencia, que el individuo comprenda la lectura, aunque la comprensión auditiva sea adecuada.
3. La dificultad en la lectura, entre niños mayores y adultos con un nivel normal en las pruebas de desempeño en la lectura, hace que raramente la utilicen para estudiar o por placer, pues les resulta demasiado laboriosa e improductiva.
4. El desarrollo adecuado de conciencia fonológica no depende de la inteligencia, el nivel socio económico, o la educación de los padres y puede ser promovida mediante una instrucción directa y explícita. Este tipo de instrucción acelera la adquisición de la lectura en general, y reduce las incidencias del fracaso en la lectura.

5. A los lectores que tienen dificultades se les deben proporcionar programas muy estructurados que enseñan explícitamente las aplicaciones de las reglas fonológicas en la escritura. Datos de estudios longitudinales indican que la enseñanza sistemática de instrucción fonológica influye favorablemente en los logros de lectores que tienen dificultades, mucho más que el énfasis en el método contextual (lectura de palabras completas)

Con respecto a las causas y el diagnóstico, el campo de la neurociencia ha abierto grandes posibilidades para el estudio de la dislexia. Así, desde que apareció por primera vez el término de “ceguera verbal”, se han ampliado las investigaciones sobre el cerebro, cuyos misterios aún no han sido resueltos.